

ANDREAS THIMM

Universidad de Mainz

LA POLÍTICA DEL DESPOTISMO
EN EL ÁMBITO DE LA
ILUSTRACIÓN ALEMANA



LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS
Y LOS DPTOS. DE HISTORIA MODERNA Y DE FILOSOFIA MORAL DE LA
UNIVERSITAT DE VALENCIA

Se complacen en invitarle a la Conferencia que dentro del Ciclo “Ilustración Europea” se celebrará el día 30 de Mayo, a las 19:30 horas en el Centre Cultural de BANCAIXA, Plaza de Tetuán 23, a cargo de:

Andreas Thimm

Profesor de Ciencia Política de la Universidad de Mainz Alemania

Sobre el tema: **La política del despotismo en la Ilustración Alemana.**

Colabora: **fundació
BANCAIXA**

Valencia, Mayo 2000

I

EN junio de 1740 apareció en París un pequeño libro que causó sensación: *Antimachiavel ou Essai de critique sur «Le Prince» de Machiavel, publié par François Marie Voltaire*. Publicado, no escrito por Voltaire. La vanidad de Voltaire no permitió guardar el secreto de la autoría: El autor era el Rey de Prusia, Federico II, quien al final del mes anterior había subido al trono como sucesor de su padre, Federico Guillermo I. El librito causó sensación, porque un Rey participaba directamente en la discusión sobre el gobierno de un país según las ideas de la Ilustración. Federico caracterizaba al príncipe, es decir, a sí mismo, como primer servidor del estado. El deber del príncipe era cultivar el derecho, mejorar el bienestar de su pueblo, y fomentar el progreso de la humanidad. No había ninguna referencia al legitimismo “por la gracia de Dios”. Se refería, al contrario, a la teoría del contrato social. Aparentemente, el heredero de la Corona de Prusia conocía y estimaba la moderna filosofía política. La razón de Estado y la legitimidad del soberano no se basaban en la metafísica sino en el razonamiento útil. Los pensadores ilustrados, instigados además por Voltaire, veían en el joven rey de Prusia la esperanza de una política realmente ilustrada. Nació la noción del “Rey Filósofo”, del “Roi Philosophe”.

Ya al comienzo de su gobierno, Federico II reformó la Academia de Ciencias, fundada según un informe de Leibniz por su abuelo, el Príncipe-elector Federico III, quien en 1700 se coronó como Federico I, Rey en Prusia. Durante el reinado de Federico Guillermo I, la Academia tenía cierta, pero limitada importancia sólo en la clase físico-médica. El joven rey otorgó un nuevo estatuto y cambió el nombre de “Sociedad brandemburguesa de las ciencias” por el de “Académie Royale des Sciences et Belles Lettres”. Nombró miembros de la Academia, entre otros, a Christian Wolff, el filósofo más conocido de Alemania en la época pre-kantiana, al matemático y físico francés Pierre Louis Moreau de Maupertuis y al polihistoriador italiano Francesco Algarotti. Y el siguiente año, en 1741, llamó al famoso matemático Leonard Euler. La academia floreció durante todo el reinado de Federico II y ganó reputación europea sobre todo

en química, astronomía y matemática. Otras decisiones al comienzo de su reinado sirvieron igualmente para aumentar su prestigio entre los ilustrados: la prohibición de la tortura y la abolición de la censura.

Escapó a la atención de los admiradores del joven rey que las ideas filantrópicas eran para él secundarias. Lo primordial era el poder del estado y fomentar este poder era el deber de su primer servidor. E incrementar este poder significaba engrandecer el ejército y conquistar territorios, cada vez que había oportunidad para ello.

II

Los contemporáneos conocían la complicada relación entre Federico Guillermo I y su hijo, un drama que estuvo en algún momento a punto de convertirse en tragedia. Federico Guillermo I tenía la actitud de un pequeño burgués. Poco culto y muy colérico, aunque al mismo tiempo muy piadoso, era un verdadero tirano para su familia y para su entorno inmediato. Pero para el Estado estableció las bases de una administración racional y centralizada, ordenó las finanzas del reino y organizó un ejército que puso a Prusia en la cuarta posición en Europa, cuando según la superficie se encontraba en la décima, según la población en la decimotercera. Federico Guillermo I como persona era poco agradable; sin embargo, como rey caló las bases del poder y de la grandeza de Prusia. La personalidad de Federico II no se parecía en nada a su padre: extremadamente culto, podía ser muy amable, le gustaba la discusión literaria y científica; su ironía se convirtió con los años en cinismo.

Federico Guillermo I se había dado cuenta de las limitadas posibilidades de su reino, Federico II quiso superarlas. Por eso invadió Silesia en diciembre de 1740, es decir, invadió Austria en un momento crítico después de la muerte del Emperador Carlos VI, cuando la hija de éste, María Teresa, luchaba por la unión de sus países. Completamente de acuerdo con el pensamiento de Maquiavelo, el rey quería aprovechar las dificultades que atravesaba Austria, para ocupar una provincia próspera e incluirla en su reino. El rey juzgaba la situación militar como propicia para la conquista de Silesia y no le interesaba que, a la luz del derecho internacional, la reivindicación fuese mera pretensión sin fundamento serio. Manifiestamente, el deseo de gloria militar, en el sentido más tradicional de la palabra regía sus actividades y actitudes.

Esta primera guerra creó entre Prusia y Austria una rivalidad, que bajo el signo de “dualismo prusiano-austríaco” marcaría la historia del centro de Europa hasta la fundación del Imperio Alemán excluyendo a Austria en 1871. Dos guerras más tenía que hacer Federico II. ‘Gloria o ruina’ rezaba la alternativa ante la cual se veía una y otra vez. Más cerca de la ruina se encontró durante la Guerra de los siete años (1756-1763). Pero con “virtú” y “fortuna”, en el sentido maquiaveliano, se salvó, conservó el dominio de Silesia para Prusia e introdujo a ésta definitivamente en el concierto de las grandes potencias

européas. Su política exterior carecía de escrúpulos y, por lo tanto, fue considerada escandalosa por muchos contemporáneos, hasta tal extremo que, involuntariamente, provocó lo inimaginable: la alianza entre Austria y Francia. En 1772, Federico coopera con Rusia y Austria en la primera repartición de Polonia. Aunque la iniciativa había sido tomada por Rusia, Federico estaba interesado en obtener una comunicación por tierra entre Brandemburgo y Prusia Oriental. Su sucesor participará en la segunda y tercera repartición, de 1793 y 1795 respectivamente. Polonia como estado desaparece del mapa hasta 1918.

Para decirlo francamente: La política exterior de Federico II no tenía nada de ilustrada, si por “ilustrada” entendemos algo más que “sin prejuicios”. Era una política tradicional, que aspiraba al aumento del poder y se distinguía de las políticas de los demás poderes del siglo XVIII sólo en la falta de escrúpulos. En varias ocasiones rompió alianzas, atacó a vecinos neutrales y fundó de esta manera una tradición prusiana que finalmente –es decir 130 años después de su muerte– destruyó el reino.

Sin embargo, ya los contemporáneos lo llamaron “el Grande”. Lo que hace singular la forma de gobierno de Federico II en el siglo XVIII es su régimen estrictamente personal. Salvo algunos especialistas, nadie conoce los nombres de sus ministros, y conocerlos permite poca información sobre la política, porque ésta fue concebida, planificada y ejecutada exclusivamente por el rey en persona. Esto vale no sólo para la política interna, de la cual hablaré más adelante, sino también para las acciones militares. El Rey era su propio generalísimo y estratega. Durante las guerras estaba permanentemente con el ejército; seguía y dirigía las batallas tan de cerca que más de una vez corrió grave peligro y se salvó por buena suerte o por audacia, como, por ejemplo, cuando entró por casualidad durante la noche después de una batalla en un palacio donde estaba alojado gran número de oficiales austríacos, a los cuales –aunque el rey estaba apenas sin comitiva– declaró a sangre fría prisioneros de guerra. Existen muchas anécdotas como ésta, algunas auténticas, otras inventadas a lo largo del siglo XIX. Ellas explican en parte su popularidad entre los soldados, a quienes sometía a una disciplina a veces cruel.

III

Antes de delinear la política interior de Federico II, es necesario esbozar la situación en la cual vivía y actuaba. Prusia formaba parte del Sacro Imperio Romano, un fantasma y monstruo histórico-político, imposible de definir en términos jurídicos. Consistía en cerca de 3.000 territorios, que por uniones personales se reducían a 1.800. La gran mayoría de estos señoríos eran pequeñas baronías y condados, abarcando uno o dos villorrios. No puedo esbozar aquí la muy compleja estructura del Imperio. En el presente contexto basta señalar, que desde la Paz de Westfalia (1648) los soberanos que integraban el imperio tenían el derecho de celebrar tratados con poderes extranjeros.

Este fraccionamiento político impide hablar de “política alemana” en el siglo XVIII. Cada principillo había desarrollado su estilo específico de gobierno entre los extremos del despotismo reaccionario, por un lado, y un paternalismo ilustrado, por otro. El caso de Prusia es, a mi parecer, el más interesante, porque de él se derivaron consecuencias muy importantes para el futuro de Alemania. Pero las observaciones sobre Prusia no pueden generalizarse.

Al comienzo del siglo XVIII sólo Austria, es decir, la casa de los Habsburgos, era una potencia a nivel europeo. Terminando el siglo, Prusia había alcanzado ese nivel. Pero, al igual que Austria, Prusia no era una unidad, sino un conglomerado de varios territorios, 10 en el caso de Prusia, algunos completamente aislados de los otros, desde Prusia Oriental, que no formaba parte del Imperio, hasta el ducado de Kleve en el extremo oeste, cerca de los Países Bajos. El grado de desarrollo de estos territorios era muy desigual, siendo los territorios occidentales los más avanzados. Aquí ya había comenzado el capitalismo bajo la forma de manufacturas textiles y de un importante comercio internacional. Pero los territorios centrales y orientales estaban escasamente poblados y eran primordialmente agrarios. El tipo de agricultura era el tradicional cultivo por amelgas trienales. Por supuesto, los diversos territorios tenían sus costumbres y sus tradiciones administrativas y jurídicas. Racionalizar la administración significaba en estas condiciones la fusión de las diversas administraciones y la unificación del derecho. Ambos procesos habían comenzado en el siglo XVII, y no culminaron hasta el final del XVIII, es decir, hasta después de la muerte de Federico II. El proceso de centralización administrativa era, en primer lugar y necesariamente, un proceso de limitación y, después, de abolición de los derechos constitucionales de la nobleza y de la autonomía de las ciudades, que en Prusia eran pequeñas y poco ricas. En este proceso podemos observar una paradoja del desarrollo político bajo el absolutismo: Negando a todos igualmente el derecho a participar en decisiones políticas, introdujo *ex negativo* la igualdad política. Esta negativa igualdad política no excluía, sin embargo, perpetuar privilegios sociales muy importantes de la nobleza, que en Prusia era una nobleza primordialmente rural. En sus feudos, los nobles disponían de derechos señoriales, es decir derecho a trabajo no remunerado de los campesinos y la administración de justicia de primera instancia –ejercida por juristas profesionales, contratados y remunerados por los señores respectivos. La mayoría de los campesinos vivía en condiciones de servidumbre de diversos grados, según las tradiciones regionales.

La historia interna de Prusia puede escribirse en términos de la destitución progresiva de la nobleza como estamento, integrando al mismo tiempo a los nobles en la administración y en el ejército del reino. Este proceso era fomentado por la parsimonia, que a veces llegaba hasta tacañería, de Federico Guillermo I y de Federico II. Para su corte gastaba el 1 por mil del presupuesto estatal. Es decir, los impuestos normales y los ingresos de los dominios reales bastaban para financiar las necesidades del Estado y acumular un importante tesoro para tiempos de guerra. Esta solvencia real era una condición impres-

cindible para lograr el poder absoluto de la Corona. En el siglo XVIII este control del gasto real no era frecuente: En Baviera, por ejemplo, las representaciones de los estamentos conservaban su influencia, porque garantizaban las deudas de los príncipes-electores, que habían perdido toda solvencia. Disolver las representaciones hubiera significado la bancarrota del principado.

En Prusia, sin embargo, la nobleza perdió su derecho de participación política. Esta pérdida era compensada por la integración en la administración y en el ejército. La jerarquía de ambos cuerpos estaba integrada mayoritariamente por miembros de la nobleza. Aunque Federico Guillermo I había admitido a burgueses muy capacitados en los rangos altos de la administración y del ejército, Federico II tendía a excluirlos nuevamente o, por lo menos, a disminuir el número de oficiales superiores no-nobles.

Federico estaba convencido de que “el primer estado”, la nobleza, era una condición importante para la estabilidad del reino. Propagaba la primogenitura y ofrecía puestos para los segundones en el servicio del Estado. Obstaculizaba hasta la prohibición la venta de feudos a burgueses, para conservar la base social y económica de la nobleza. Y negaba en muchos casos el permiso a varones nobles para contraer matrimonio con hijas de burgueses. Estos enlaces tenían por objetivo sanear las finanzas del noble, de manera que el decreto prohibitivo significaba ciertamente un perjuicio.

Pero, al mismo tiempo, quería proteger a los campesinos frente a las tendencias feudales de incorporar terrenos en los predios y avasallar a los labradores. No vacilaba en intervenir en procesos jurídicos, si sospechaba un trato injusto de un pequeño por uno grande. Esta actitud contribuía a su popularidad.

Sin embargo, su visión de la sociedad era conservadora: Había tres estados: la nobleza, el campesinado y los burgueses. Estos últimos se definían por no pertenecer ni a la nobleza, ni al campesinado. Y por debajo de la burguesía empezaba a formarse un nuevo sector social de trabajadores y jornaleros no agrarios. Debido a la exitosa política de fomento de las manufacturas, este sector creció a lo largo del siglo XVIII. Esta concepción de la sociedad tenía su punto de referencia en el poder estatal: en la práctica política “poder estatal” significaba “poder militar”. Los estratos bajos de las ciudades y el campesinado servían de tropa, y el cuerpo de oficiales se reclutaba entre la nobleza. El fin último de toda actividad económica consistía en el abastecimiento del ejército, sea en material, en provisiones o en dinero. Alrededor de dos tercios del presupuesto real se destinaban al ejército.

La política económica era mercantilista. Es decir, convencional, no había nada especialmente ilustrado o novedoso. La exportación de cereales estaba prohibida, la importación de productos manufacturados sólo posible, si no había producción interna, etc. Igual que Carlos III en España, Federico II se preocupaba mucho por mejorar las tierras no cultivables y poblar las regiones escasamente habitadas. Su programa de ganar terrenos poniendo diques a diversos ríos y desecando cenagales fue tan exitoso que pudo decir que había

ganado toda una provincia sin guerra. Y al crecimiento natural de la población de un promedio del 1 % anual durante el reinado de Federico II hay que añadir una inmigración del 0,3 % anual, de manera que la población de Prusia creció de 1740 a 1786, año de la muerte de Federico, de 2,4 millones a 5,5 millones de habitantes.

El sistema de la administración de los dominios reales, ya introducido por Federico Guillermo I y perfeccionado por Federico II, era muy eficiente. La Corona era el primer terrateniente del reino. En Prusia Oriental aproximadamente el 50 % del terreno era propiedad del rey, en otros territorios era un porcentaje menor, pero siempre considerable. Estos predios eran arrendados a burgueses adinerados, que estaban en condiciones de invertir y de mejorar la agricultura. Ellos introdujeron nuevas técnicas agrarias procedentes de los Países Bajos y de Inglaterra. Sustituyeron el tradicional cultivo de amelgas trienales por el sistema más productivo de rotación de cosechas, incluyendo la siembra de alfalfa que mejoraba la ganadería a la vez que aumentaba la productividad de la tierra. De esta manera los dominios reales servían de ejemplo de una agricultura innovadora para los feudos de la nobleza.

El hecho de que los arrendatarios de los dominios reales no formaran parte de la nobleza, hacía imprescindible un cambio importante en la situación legal de los campesinos que vivían dentro del territorio del respectivo dominio: perdieron su calidad de colonos y se convirtieron en trabajadores agrícolas libres. En sus terrenos eran sub-arrendatarios, con derecho a libre disposición y herencia.

Este pequeño esbozo de la política de Federico II pone de manifiesto una actitud y actividades que no se diferencian profundamente de lo habitual en su época, aunque ciertamente tuvo más éxito que la mayoría de sus colegas. ¿En qué consiste entonces lo extraordinario de Federico II? ¿En qué se diferencia de los otros príncipes del siglo XVIII? Ya he mencionado que su régimen era un gobierno estrictamente personal. Gobernaba desde el gabinete, con la ayuda de dos secretarios personales. Desconfiaba de sus ministros y prefería contactar directamente con las administraciones provinciales, dejando de lado la administración central de Berlín. Con el mismo objetivo admitía con relativa facilidad peticiones de sus súbditos. Estos escritos le servían de medio de información sobre los pormenores del trabajo de las diversas administraciones regionales.

En su opinión la administración del estado tenía que ser una organización racional, y como tal necesitaba una cabeza o un centro, de donde partían todas las directivas. Esta cabeza era el Rey, quien era la única persona que conocía la situación del reino en su totalidad. Los funcionarios de su administración tenían necesariamente visiones parciales. Todos estos funcionarios eran personalmente responsables ante el rey. Y el Rey los nombraba según criterios objetivos. La venta o subasta de puestos en la administración, muy frecuente en otros reinos de la época, sobre todo en Francia, ya había disminuido bajo sus predecesores y ahora desapareció por completo. Empezó a formarse el sistema

de exámenes estatales para el ingreso en el servicio público que se perfeccionó en el siglo XIX y sigue vigente –mutatis mutandis– hasta hoy en día. La calidad de esta burocracia y su identificación incondicional con el estado, permitieron una reconstrucción relativamente fácil después de la catástrofe de las guerras napoleónicas.

Para resumir estas observaciones sobre la política de Federico II, se puede decir que su gobierno fue bastante exitoso dentro del margen de lo convencional en el siglo XVIII. Poco o nada de esta política se distinguía profundamente del desarrollo que podía observarse en otros países europeos. Lo específico de Federico II no está en el contenido de su política sino en su estilo de gobernar.

IV

Una importante diferencia entre Federico II y los demás soberanos de su época reside en el entendimiento de sí mismo: Federico se concibe a sí mismo como filósofo en el amplio sentido del siglo XVIII. Por eso no sólo dirige personalmente la política de su Estado, sino que reflexiona continuamente sobre sus actividades. Se veía a sí mismo como parte de la comunidad de literatos, pero no de la de Berlín, sino de la de París. Toda su obra literaria la escribió en francés, idioma que dominaba mucho mejor que el alemán. En alemán hablaba el dialecto bastante vulgar, de las clases bajas de Berlín; en francés hablaba y escribía con elegancia estilística. Es la coexistencia del soberano con el literato en una misma persona lo que explica la fascinación que ejerce Federico II no sólo sobre sus contemporáneos. El soberano requiere obediencia de sus súbditos. El filósofo intercambia argumentos con sus colegas, sin disponer de otro poder que el de la fuerza de su razonamiento. Desacuerdo y réplica no sólo estaban permitidos, sino que eran el centro mismo de la discusión entre filósofos. Sin embargo, las relaciones entre el rey y el filósofo en la persona de Federico II eran bastante complicadas y de ninguna manera sin contradicciones.

Un ejemplo: En su política mercantilista de fomento de manufacturas y de la incipiente industria, el Rey otorgaba privilegios y monopolios para atraer empresarios y capital; no obstante, el filósofo, conocedor del pensamiento novedoso, razonaba sobre la necesidad de la competencia y el daño producido por los monopolios.

El rey actúa como señor absoluto, pero sin poder recurrir al legitimismo para justificar su gobierno. Cuando Holbach pone en duda la justificación de la monarquía hereditaria, el rey filósofo no dispone de un argumento rotundo. Observa defensivamente que, por razones pragmáticas, es aconsejable tener un soberano dinásticamente legítimo, porque, en caso contrario, la lucha entre pretendientes arruinaría al Estado, a costa de los ciudadanos.

El argumento de Holbach es difícil de refutar por parte de Federico, porque sabe muy bien, y en muchas ocasiones lo declara abiertamente, que muy pocos soberanos de su época cumplen las exigencias que él juzga imprescindibles.

bles para gobernar un Estado. Especialmente Luis XV es muchas veces el objetivo de críticas satíricas bastante agudas, lo que más de una vez conduce a irritaciones diplomáticas.

La compleja situación de Federico II como rey y filósofo a la vez puede explicarse narrando la historia de la difícil amistad con Voltaire. El príncipe heredero comienza la correspondencia con Voltaire en 1736. En 1740 se encuentran por primera vez, algunos días, lejos de Berlín en el ducado de Kleve. En 1744 Voltaire visita al rey en Berlín y Potsdam por unas semanas, y de 1750 a 1753 el poeta y filósofo francés permanece en Berlín casi tres años. Pero intercambian cartas y mensajes con más o menos frecuencia hasta pocos días antes de la muerte de Voltaire en 1778. La correspondencia entre ambos es una correspondencia entre literatos –filósofos en la terminología del siglo XVIII. Tratan temas de filosofía, de poesía, de historia. Se escriben, por supuesto, lisonjas, pero en el fondo aceptan ser iguales, filósofos de la Ilustración. Sobre todo Federico insiste en su pertenencia al mundo filosófico. Y Voltaire no se opone. Pero esta ficción funciona sólo en las cartas. Durante la estancia de Voltaire en Sanssouci, el palacio favorito de Federico II, todo es diferente. Federico es el Rey, y Voltaire es un filósofo con ambición política, que quiere ser agente o negociador entre Prusia y París. Ni Federico ni la corte de Versalles aceptan el rol que el poeta quiere jugar. Federico quiere divertirse al más alto nivel intelectual posible, desea un interlocutor filosófico; Voltaire quiere, por un lado, influir en la política de Federico, lo que éste no admite, y, por otro, mejorar su reputación en París, informando al ministro sobre los planes de Federico. El Rey entiende la ambigüedad del interés de Voltaire y reacciona empezando un juego irónico y sarcástico, obviamente divertido para los dos, pero al mismo tiempo muy frustrante para las ambiciones del poeta francés. La salida de Voltaire tiene rasgos de fuga. No obstante, después de una pausa de bastante tiempo, durante la cual los dos intrigan en formas no muy honestas, la correspondencia amistosa del Rey y del poeta empieza de nuevo y no termina hasta la muerte de Voltaire.

Hasta ahora no he mencionado la Ilustración alemana, que indudablemente tenía un centro importante en Berlín. La *Berliner Monatsschrift* (Revista mensual berlinense), en la cual Kant publicó la mayoría de sus opúsculos importantes, como *¿Qué es la Ilustración?*, era una publicación de amplia difusión y un órgano crucial de la discusión literaria y filosófica. Pero en estas discusiones no participa el rey. Federico II desconoce y desprecia la literatura alemana de su tiempo, se interesa exclusivamente por la literatura francesa. Pero su convicción de la necesidad de la libertad de prensa y del pensamiento abrió el campo para una literatura que él despreciaba, sin conocerla bien. Impidió el ingreso de Moses Mendelssohn y Lessing en la Academia. Consintió la entrada de Winkelmann, pero asignándole un sueldo tan bajo, en su opinión bastante para un alemán, que Winkelmann no aceptó. Hay que añadir que el estado floreciente de la Ilustración en Berlín coincidía con la vejez del gran rey, cuando Federico estaba solo, enfermo, amargado y cínico, y desconfiando de su sucesor, cuyas limitaciones intelectuales y morales veía claramente.

V

Agradeciendo su amable paciencia, termino estas observaciones anecdóticas, con un resumen de lo dicho. Formularé, basándome en el reinado de Federico II, 6 tesis acerca de las relaciones entre despotismo e Ilustración:

1. Federico II pertenecía indudablemente al mundo intelectual de la ilustración francesa. Pero esta observación se refiere a su persona y a su obra literaria, mucho menos a su reinado.
2. Para la política, y sobre todo para la política exterior, el significado de “ilustrado” se reduce a “sin prejuicios”, de manera que las diferencias entre “maquiavélico” e “ilustrado” se desvanecen.
3. El déspota ilustrado está en una situación teóricamente precaria: La filosofía de la Ilustración refuta la justificación del absolutismo.
4. Parece que Federico II era consciente de esta paradoja. Por esto limitaba el campo de actuación de la filosofía a un grupo muy reducido de eruditos.
5. A estos eruditos les permitía el ambiente de libertad de pensamiento, que posibilitaba que Berlín se convirtiera en un centro filosófico importante.
6. En dos campos la filosofía abarca toda la sociedad: Por un lado, la despreocupación religiosa del soberano permite practicar cualquier religión y, por otro, es deber del soberano garantizar la imparcialidad de la justicia.

BIBLIOGRAFÍA

- Aretin, Karl Otmar von: *Friedrich der Große. Größe und Grenzen des Preußenkönigs*. Freiburg i. B.: Herder 1985
- Büsch, Otto y Neugebauer, Wolfgang (compiladores): *Moderne Preußische Geschichte*. Berlin: de Gruyter 1981. 3 tomos.
- Oeuvres de Frédéric le Grand*. Ed. par J. D. E. Preuß. 30 tomos. Berlin 1846-1856.
- Friedrich der Große: *Briefwechsel mit Voltaire, 1736-1778*. Ed. par R. Koser y H. Droysen. 3 tomos, Leipzig 1908-1911 (Publikationen aus den preußischen Staatsarchiven 81, 82, 86). Reimpresión Osnabrück 1965 y 1968.
- Friedrich der Große: “Réflexions sur la tactique et sur quelques parties de la guerre ou réflexions sur quelques changements dans la façon de faire la guerre”. En: Kunisch, Johannes (comp.): *Aufklärung und Kriegserfahrung. Klassische Zeitzeugen zum siebenjährigen Krieg*. Frankfurt/M.: Deutscher Klassiker Verlag 1996, pp. 515-545.
- Kästner, Erich: *Friedrich der Große und die deutsche Literatur. Die Er widerungen auf seine Schrift «De la littérature allemande»*. Stuttgart: Kohlhammer 1972 (Studien zur Poetik und Geschichte der Literatur 21).
- Knobloch, Eberhard: “Die Wissenschaften an der Berliner Akademie im 18. Jahrhundert”. En: Dina Emundts (compil.): *Immanuel Kant und die Berliner Aufklärung*. Wiesbaden: Reichert 2000, pp. 30-39.
- Schieder, Theodor: *Friedrich der Große. Ein Königtum der Widersprüche*. Frankfurt/M., Berlin, Wien: Propyläen 1983.
- Weber, Peter: “Kant und die «Berlinische Monatsschrift»”. En: Dina Emundts (compil.): *Immanuel Kant und die Berliner Aufklärung*. Wiesbaden: Reichert 2000, pp. 60-79.